

Apolo

REVISTA DE ARTE

de



Pérez y Curis

= 4 =

MONTEVIDEO

JUNIO-JULIO-1906

Obras de Pérez y Curis

PUBLICADA:

La Canción de las Crisálidas.—El Poema
de la Carne. (Poesías)

ESCRITA:

Heliotropos. (Poesías)

EN PREPARACIÓN:

Rosa Ígnea. (Cuentos)

Alma de Idilio. (Poema)

APOLO

REVISTA DE ARTE

De venta en todas las librerías

20 CENTÉSIMOS

La correspondencia á Pérez y Curis

MONTEVIDEO

APOLO

REVISTA DE ARTE

Director-Redactor: PÉREZ Y CURIS

MONTEVIDEO, Junio-Julio de 1906

INEXORABLES

Tímidamente se agitan en la penumbra, con la monotonía de sus élitros fangosos hechos para el ludibrio eterno, y, á su abrigo, poblado de silencios largos, cómplices de sus atentados á la virtud intelectual, divina por excelencia, vegetan en dulce consorcio con su madre: la estulticia.

Y, por ende, son incestuosos conscientes esos necróforos exilados de las regiones del Arte; porque no fueron dignos de habitarlas libremente bajo la luz insinuativa del sol.

Es que temen los resplandores del sol del Arte deslumbrantes como el rayo, y, cual él, destructores de la sombra.

Su heliofobia sobreviene al fracaso de sus propios sueños; no digo de sus ideas porque no tienen ninguna.

Su carácter, de una rusticidad vulgar que no enmiendan las palabras humildes ni las liturgias de rebelión de los espíritus consagrados, es refractario á todo ideal de nobleza y de vida.

Sus ideales están en sus vientres. Comer, beber, dormir, mandar... como dice Octavio Bunge.

Son diletantes, simplemente.

Y, entre el diletantismo y la mediocridad, el paralelo existe, inmensamente visible.

Ambos van hacia el nihilismo de la multitud amorfa.

Algunos, más osados que los otros, me han hecho blanco de sus diatribas diarias que son algo así como la exteriorización de sus tristezas infecundas.

Y, lejos de mí, que no los busco ni les huyo, dirigen sus miradas hacia APOLO, y, blandiendo sus yataganes oxidados y vetustos, ensayan las actitudes irrisibles de un prosimio exasperado.

Eso me tiene sin cuidado.

No son ellos aptos para emitir juicio alguno sobre obras literarias, y menos sobre una revista como APOLO, rebelde y libre, que no se ciñe á cánones ni preceptos de ninguna clase, ni adjudica, como muchas otras, sus ideas en pública subasta.

Ni yo me obligo con nadie á publicarla en determinada fecha pues no tengo motivo para ello.

La publico cuando quiero ó cuando puedo.

Todo esto lo saben ellos.

Y, por eso mismo, porque no lo ignoran, es que me arrojan sus diatribas epilépticas.

Les ha chocado también, y enormemente, que vaya en su frontispicio mi retrato, y atribuyen esto á causas de un *egoísmo inconsciente*.

Yo no discuto la existencia de ese egoísmo que ellos dicen *inconsciente*.

Sería una satisfacción para ellos.

Y, mis labios, en que no encuentra eco la voz de la satisfacción, por conceptos de rebeldía y de amor á la verdad, permanecen herméticos y libres, libres para el anatema y la admonición en el alba difusa de este ciclo que bosteza dominado por la pantera del sueño.

¡No! yo no discuto su existencia. Antes bien, lo hallaría lógico y justo, dada la índole personal de mi revista que no está hecha para abreviar en las fuentes de la adulación por ideales de lucro preconcebidos.

Ese hato de ventrudos que, cual babosas inmundas, se arrastran penosamente, dejando en su trayecto un reguero de los miasmas pestilentes en que se exhala su cuerpo, me recuerda ciertos seres, autores fracasados cuando menos, que, tentando un último esfuerzo para salvar su personalidad de abismo, se convierten súbitamente en críticos (¡qué críticos!) é imitando de Valbuena y Fray Candil su inexorabilidad irrisoria y nula; completamente nula, juzgan á éste por la melena leonina que cae sobre su espalda, y á aquél por su corbata extravagante y rara, calificando á ambos de decadentes con un desdén de monarca envanecido.

Son los Aristarcos modernos, y la crítica, el último refugio de sus sueños infecundos.

Conniseración para ellos, que hallarán en el Futuro un nirvana para sus vanidades inmensas.

¡Conniseración!

PÉREZ Y CURIS.

LAS LÁGRIMAS

Hombre ó mujer, la prueba más evidente que podrian dar de su amor lágrimas sinceras son. ¡Ah! las lágrimas debieran ser una virginidad que la amada nos reservara y que nosotros rasgásemos como la otra...

JULES LAFORGUE.

AL MUJICK

Para Enrique R. Talice.



La libertad tu rostro no ilumina
Con sus luces de púrpura esplendente;
¡Permites enlodar tu triste frente
Que ante el pope y el Czar siempre se inclina!

La ortodoxia te vence y te alucina;
Ignorante, te encuentras impotente,
Para obrar como la ola que rugiente,
Se alza sobre el peñasco y lo domina!

En tu mente, la idea redentora
Con fuerzas que se impone no aletea,
No anhelas contemplar la roja aurora,

Ni aspiras percibir la roja tea,
Que sirva como heraldo á la gran hora
En que el ruso se lance á la pelea!

JULIO RAÚL MENDILAHARSU.

9 de Abril de 1905.

Montevideo.

MACABRA

Para Pérez y Curis.

— Con mi cráneo — me dijo — haz la caja sonora
De mi cítara blanca de los huesos pulidos,
Que mis dientes que ríen de la virgen que implora
Serán todos de un piano de profundos sonidos.

O si quieres violines que parezcan de Hungría,
Con mis fémures rotos de suicida, haz un arco,
Preludiando en mi tórax la canción de la Harpía
Que simule el lamento de las jarcias de un barco.

Yo temblaba de miedo, y en la risa faunesa
De aquel cráneo amarillo que encontré en una fosa,
Ví el destello impreciso de una vaga tristeza:
La tristeza infinita de la Muerte espantosa...

JUAN GUERRA NÚÑEZ.

Habana, Abril 1906.

ÆTERNUM VALE

M. PIMENTEL CORONEL

Murió el extraño poeta maravillado y maravilloso, ¡murió!

y, el plegamiento de sus alas enormes, hace un criptograma de oro, en el cristal misterioso del silencio estupefacto;

y, las acres hojas del laurel, cantan sobre su tumba: flores de Gloria crecen;

hay sonoridades en el laurel pensante: ¡sonoridades de las auroras inmortales y los ponientes gloriosos;

todo laurel es un grito; en la gran noche calmada grita: Inmortalidad;

todo laurel dice: Eterno;

en la linde de los bosques misteriosos de la Muerte: canta el laurel;

implacable en el duelo de la Gloria, que hace temblar el aire, lleno de gritos perpetuos y de palabras de otras voces. Canta;

el laurel, que inmortaliza; sinfonía: Eternidad, Sonoridad, ramas líricas del laurel son;

todo laurel es una lira;

suenan en la noche milenaria, sobre las tumbas sagradas;

y, los poetas muertos, lo escuchan, en un gesto asombrado de pájaros que miran nacer el sol;...

El Poeta, es el Verbo de lo bello;

el Poeta, es aquel que nombra lo Inconocido y lo produce;

es aquel que articula lo divino; divino es él;

el Poeta, es la voz de la Eternidad, dándonos las cosas frágiles de los hombres;

por él viven;

la submersión de un gran poeta, en la sombra eterna, es un hundimiento de astros en la tiniebla inagotable;

un poeta muerto, es una página de luz, arrancada brutalmente al libro de la Vida;

es una desheredación de la humanidad, privada así, de una gran voz de revelaciones;

la inteligencia universal gime, cuando el genio muere;

un soplo exuberante de tristeza, pasa hoy por sobre las almas enamoradas del eterno ritmo, y del misterio eterno, pertinazmente vueltas hacia el divino Ideal, que duerme en el fondo de los corazones;

¡un gran poeta, ha muerto!

¡Pimente! Coronel!

era un alma musical, crepuscular, sinfónica;

divina á fuerza de Idealidad;

¡alma de Misterio y Oblación!

como una flor abierta hacia el inmutable azar; así, su alma hacia la Belleza: ¡desmesuradamente era!

fué esa alma, como un motivo musical, lleno de ideas significativas, de sonoridades, de profundidades, de tonalidades: Sinfónica. Polimorfía;

de oro y púrpura eran las alas hiperfísicas de aquel pájaro canoro que escaló los cielos de la Gloria, á grandes golpes de ala; luminosamente, sonoramente;

la virtud apolínea de la melodía reinaba en espíritu y vibraba en sus rondas de sueños reveladores é inmatriculados: divinamente, tal un manto sutil;

de ritmos y de fascinaciones, era hecha su alma;

su alma lírica, donde cantaba el Ensueño, en perpetua comunión con el aire sonoro;

¡su alma! hundida ahora tras el gran nimbo de argento pálido,

en el gran gesto negro de la muertel...

su alma, expuesta ya á las gritantes ráfagas del mar que se oculta á la sombra del poniente, más allá del horizonte de oro del Dolor;

¡la pradera de las floraciones negras, donde inmóviles, los pájaros plácidos y dolientes, no cantan ya!

su alma, que era un pájaro;

su alma, que era una flor;

una cadencia;

un gran rayo de oro pálido;

Pasó el Poeta;

y, pasó el camino de la Vida, mirando en los estanques inertes del Enojo, el rostro misterioso de lo Desconocido;

y, nos dijo el trágico esplendor de sus visiones; sintió el Dolor, el acre y alto Dolor que pone el alma humana desnuda y temblando, ante ese enigma tenebroso: el Absoluto;

y, nos dijo, en el incendio portentoso de su ideología lírica, los secretos de ese dolor, las maceraciones, y, las agonías magnificentes de las almas que mueren bajo él;

amó, con un culto extraño y sincero, la Belleza:

y, en palabras misteriosas é inesperadas, llenas de ocultos sentidos, y secretas armonías,—tal un órgano en la noche, entre rosales en flor,—nos dijo del Deseo y de la Belleza, con el desplegamiento majestuoso de su verbo, la fraseología voluptuosa de un gran Poeta y su metafísica, grandiosa como el murmullo del mar cerca á una selva nocturna:

las resonancias graves de su espíritu; los tumultos de su corazón apasionado y sonoro como un caudal de río; sus emociones de Infinito, desconcertantes y lacerantes; sus altos sueños de ideología intensa; sus simbolismos difusos, luminosos y lejanos, dichos nos fueron en las subtilidades exquisitas de su estilo, en el bello lenguaje de sus visiones,

claras y sonoras;

obsesionado y penetrado de las formas vagas de la Vida: filtro de encantamiento fué su Verbo;

magnificante fué, como un castillo de oro: la música de la palabra cantó en los muros de aquel templo de Idealidad;

obra de orfebre hizo, mas no de bizantinismo, que la técnica verbal, en manos suyas fué cálido metal y cristal dócil, para la laboración de las ánforas y vasos en que vació su pensamiento; y construir supo el Verso, trasparente, sóido, dúctil, en un milagro de galvanoplastia vitrescente;

la palabra tuvo en la estructura rítmica de su estrofa, todo el valor de su sentido intenso, y el soberano poder de su energía significativa;

no puso el vino efervescente de su inspiración en las vasijas arcaicas, que la vieja coroplastia académica vende como modelos; no estaba bien el jugo abundante y nutritivo de aquella vid de gloria, en esos embasajes herumbrosos, caídos en desmedramiento y desuetud;

ni de esta fiebre de exhumación, de muertos resucitados y exhibidos como nuevos, tuvo el contagio;

todo vértigo es debilidad;

y, él, no se inclinó del lado de las escuelas;

permaneció erecto en medio de ellas;

quedó, personal; única manera de ser original;

sectarismos escolares no encadenaron su musa; libre fué como un águila;

sobre la melena hirsuta de su alta lírica verbal, ninguna escuela poética enredó la mano para alisarla y domeñarla;

ninguna secta lo encadenó;

y, cosa rara en estos tiempos de triste pecorismo literario: fué un poeta sin collar;

y, porque no fué un versificador, sino un Poeta;

porque desdeñó ser pastor de

vocablos, para ser águila de Idealidad y Pensamiento;

porque no se ocupó en tejer con los mimbres de la dialéctica canastillas de embeleso, sino que se produjo en una primavera de rosas, de las cuales cada una de ellas tiene como perfume, el sentido hermenéutico, peculiar al Símbolo;

porque á la esencia, y, no á la forma del Verso, dió su vida;

por eso su lenguaje guarda una serena independencia, una altanera soledad, desde la cual se vierte su alma, en hidromiel de ritmos, sobre los moldes de personal modelación que él, laboraba en el silencio, con la delicia ascética, de un monje artista, que fuese un divino orfebre;

vasos de Bohemia y dijes cincocentistas, se dirían algunos versos suyos, tersos y artísticos claros y concisos, cual, un frasco de Ghirlandajo, grabado por el buril de Benvenuto, en el broche de una capa pluvial;

de leones es abrir trocha en la maleza; de carneros el irse en manada á la sombra de un cayado;

y, Pimentel Coronel, ni moldes nuevos, ni moldes viejos imitó; ni tuvo jefes, ni se alineó en fila; ni ofició en altar de ídolos bajo el ritualismo de las liturgias impuestas; ni se inclinó en gesto de adoración, como el cañaveral pensante de los cenáculos de ogaño;

fué solo y libre; y, como libre, grande;

su poesía, es raudal sonoro y agitado; ni reproduce riberas, ni repercute ruidos; vibra, él, solo; corre, él, solo; autóctono en la llanura;

ninguna secta literaria puede enorgullecerse de él, sino la secta, cada hora mas escasa, del buen gusto;

ninguna academia lo contó entre sus icoglanes venerables, ginecólogos de la frase, rumiantes inofensivos de las cosas del pasado;

no cultivó la poesía académica

y universitaria, esa pedagogia rimada, ciencia de profesores, pradera anacrónica, en que pastan sin enojo los camellos verbilfrícos de la mediocridad y, se oye el relincho agudo de las yeguas académicas, en espera del Pegaso;

el clasicismo es la epizootia de las bestias inútiles;

Pimentel, fué un Poeta, no fué un clásico;

vivió de la inspiración y, no de la tradición;

conociéndola, no amaba el alma medioeval, el alma clásica; no la evocaba en sus cantos; no tuvo el placer idiota de imitarla; y, la puerilidad caudalosa, de aquella poesía arcaica, no regó sus linfas muertas, por sobre el prado ardiente y voraz de sus creaciones, donde se abrían las grandes flores laminarias y rojas de su genio;

su alta y noble sensibilidad, su rara cultura estética, se hermanaban admirablemente para depurar y acrecentar su culto puro y fiero á la esencia abstracta de lo bello;

el Amor, la Libertad y la Belleza, tales fueron los dioses de la Visión vitrisibilar que columbró su genio;

esa fué la antorcha que lo alumbró, en aquella lampadadromia hacia el Ideal que fué su vida;

humanista é impresionista; á la vez ligero y grave; en sus versos hay energías altaneras de apóstol, voluptuosidades melancólicas de soñador; sensibilidades indefinidas de artista, y el grito bélico y lírico de una musa tan enamorada del sueño como de la acción; del combate como de la meditación de la tristeza, como la Belleza: Medusaria, Revolucionaria;

como en la quietud de una agua tranquila el esplendor de un sol convulsionario, tal en sus rimas tersas, salta el pensamiento atrevido y fulge la metáfora de asalto y de revuelta;

los sueños de su vida interior, cantados en horas de naufragio,

tienen el encanto soberano de una música verbal rítmica y suave, como un descenso de olas en un estuario crepuscular, y, una sobria elegancia, llena de coloraciones tristes, como una caída de sol, vista en los valles de Umbria, sobre terrazas gloriosas;

y: como el sueño, lleva al Poeta, hacia los hombres, sus hermanos, la musa de Pimentel, baja á la arena y combate sin cólera, entre los clamores bestiales de los hombres;

y, sirve altamente, á la Ley de Humanidad;

la secreta melancolía de su espíritu se esparce sobre las luchas de la tierra, como una lluvia de de rosas, sobre la frágil gloria de una tarde;

y, como:

les femmes et l'amour l'environnent de sanglots;

la musa de Pimentel, está llena de esos sollozos, que palpitan en sus versos, con un ritmo grave, de intensidad baudelariana;

ningún odio ascético ni bíblico, al Amor ni á la Belleza, antes, bien, un himno polícromo y vibrante de deseos, al cuerpo de la mujer, al perfume de su carne, el beso dado sobre los senos erectos y sobre los labios rojos;

mézclase la voluptuosidad á la meditación en la armoniosa simplicidad de esas rimas, profundas y sonoras, como un mar en calma:

quien dice amor, dice abismo, y algo del horror de haberlo contemplado, hay en el tenebroso vértigo de los versos del Poeta;

las sutiles ficciones de su poética, desarrolladas en paisajes violentos y tiernos de una intensa melancolía, hacen replegarse el alma, apaciguada, en limbos de lo Absoluto, acre y cruel, tanto es el sentimiento penetrante, del alto, inhumano dolor, que las impregna;

tales de sus versos, están saturados de un lejano perfume adolecente, cuyo divino candor, nos hacer columbrar la suavidad idílica de las campiñas en que fue-

ron escritos, á la hora de la agonia crepuscular, en el violeta denso de los campos, que se dormían bajo los cielos de oro;

los tórridos soles caniculares del trópico; la esmeralda túrgida de los serenos valles; el perfil opalescente de los cerros, hundidos en lejanía; la gran tristeza de los cielos, hechos de nácar al llegar la noche; la mansedumbre tierna de los lagos, llenos de visiones imprecisas; el duelo de los horizontes, en la lenta desaparición de los paisajes difüentes; la tristeza de las floraciones otoñales, que en su amarillo palor, aguardan el largo beso invernal; el gran silencio de las selvas, en cuya ribera de hojas muertas, canta el mar, la canción de los siglos genesiácos, son evocados y surgen vivaces á la caricia de aquella musa reminiscente, que decora como un pincel y todo lo ornamenta con sus rimas flexibles y florecidas, como astrágalos de oro;

su dolor, altanero como una roca coronada de glicinas, cerrado á la imposible esperanza de las cosas eternas, tiene en su tristeza enigmática, la grandeza de todas las renunciaciones;

la Fé, no ensombreció esos cantos, con la sombra de sus alas fuliginosas;

el fantasma de ningún dios, llena con su inútil vacuidad, aquellas rimas, llenas de un calmado deseo y de una dulce voluptuosidad, obstinada y melancólica;

ama la tierra genitrix, fecunda y voraz; y, su estro, es como un pálido tirso, inclinado sobre la llama de las rosas;

la eflorescencia triunfal de sus metáforas, el ritmo de sus aliteraciones y de sus odios de aëda apasionado, lejos de la lúgubre noche cristiana, producen en el alma, la impresión humana y calmada, de un himno eólico, lleno del sortilegio peligroso de la grande alma pagana;

la grave armonía de esos cantares dejan al espíritu la estática

emoción de grandes soles desaparecidos tras el aterciopelamiento de los cielos, en el vacío de la tarde;

tal así, la serenidad divina, se desprende á veces, de aquella gran lira, donde las sagradas cuerdas bordonean de un innato amor á las divinas cosas;

la enunciación de dolorosas palpitaciones psíquicas; el aspecto fugaz de las visiones emotivas; la rareza enfermiza de ciertas sensaciones, que hacen temblar el alma, en los limbos fronterizos á la gran noche demente, son expresadas allí, con un sombrío esplendor, en una lengua, de la cual cada hemistiquio, es como un rayo de enigma, serpenteando en la tiniebla;

Pimentel, tenía herencias mórbitas, que predisponían su espíritu á perderse en la gran sombra maupasantiana, antes de entrar en la noche definitiva;

sufriendo sin quejarse, del mal cruel, que sentía avanzar en la noche como el ala de Azrael, en su engrandeciente crepúsculo, su alma luminosa aún, trazaba en la gran sombra, con el orgullo imperativo de una llama, las líneas resplandecientes de ese poema que fué su vida de orfebre viajero y soñador, hecho á trabajar el oro repujado de sus cálices, en la pompa orquestal de los desiertos, en el tumulto de las ciudades, llenas de almas neuróticas, gemelas de la suya, en la bruma azul y el fastuoso silencio de los grandes montes, y bajo los manglares de la costa, que la pensativa mar besa: enormemente;

á donde quiera que su carne, doliente, llevada fué por la angustia de la vida, el Poeta, cantó;

inquieto, febricitante, nos deja al morir, pedazos de su corazón, todo su corazón poemizado, con los fragmentos de su vida magnificante de visiones, donde todo el dolor y toda la ambición de una alma, canta, en ritmos de serena eternidad, lo infinito de la pena, lo amargo de la voluptuosidad, la pavorosa nada de vivir;

altanero, doloroso, fatigado ese Poeta, que no amó el reclamo, nos dió sus versos para morir, como si alinease una teoría de vírgenes armoniosas, cautivas de su genio, que escoltaran su ataúd hacia la tumba, bajo un cielo soñador, á través de un bosque de laureles;

y, se retiró de la arena ensangrentada, dejándonos sus cantos por herencia;

su espíritu bello y fiero, entró en la muerte como en el alba de un bello crepúsculo;... y, se perdió en ella;

desapareció el Poeta, en el folleto luminoso de sus versos;

envuelto en ellos, como en un sudario

armoniosamente;

luminosamente

gloriosamente

¡Paso al Poeta!

Pargastila

SERENATA

En la penumbra de tus pestañas
hallé el reflejo de un bien querido:
la poesía de las montañas
y los verjeles donde he nacido.

¡Oh, quién me diera por sus umbrías
vagar contigo soñando amores,
cielos, y cumbres, y lejanías
viendo en tus ojos encantadores!

MOISÉS NUMA CASTELLANOS.

ERNESTINA MÉNDEZ REISSIG



Poetisa tierna, emotiva; tal el alma de Becquer, con quien tiene afinidades sentimentales, ella se ha hecho cargo recientemente de la dirección de la revista *Vida Social*. Ha publicado ya dos volúmenes de poesías y cuentos: “Lágrimas” y “Lirios”, que la han hecho acreedora á los sinceros aplausos de distinguidos escritores hispanoamericanos.

He aquí el pórtico de “Lirios”:

PRIMAVERA

á Ernestina Méndez Reissig.

Canta; la aurora hechicera
De la ilusión te ilumina:
Canta, fugaz golondrina
De una hermosa primavera.

Sobre la varia pradera,
Y en la esmaltada colina,
La blanca luz matutina
Como un joyel reverbera.

Canta; persigue en tu anhelo
La visión que esfuma el velo
Sobre el marfil de tu frente.

Todo es color y esplendores,
Y abre el alma de las flores
Su sagrario en el ambiente.

PEDRO J. NAÓN.

SONETINO

Las rimas de oro y de cristal,
Los versos que destilan miel,
Canten tus labios de clavel
Y tu alba frente virginal.

Para tu mano, un madrigal;
Para tus ojos, un rondel;
Para tus gracias, un tropel
De estrofas rumbo al Ideal.

¡Princesa pálida y gentil
De un luminoso cuento azul!
Te baña un tímido arrebol;

Y en tu belleza, flor de abril,
Es tu alma pura un leve tul
En donde brilla un áureo sol.

F. M. DE OLAGÜEL.

JACINTO BENAVENTE

Este distinguido dramaturgo español ya conocido en nuestros círculos literarios por su figuración en los estrados del teatro moderno, ha venido, en gira artística con la Guerrero y Díaz de Mendoza, á las repúblicas de ambas orillas del Plata.

Personalidad loable, cuyos triunfos forman como un pedestal inmenso, el Sr. Benavente no necesita más frases de encomio que la que inspira la lectura de sus obras bellas y el aticismo de su ideal artístico.

Ha publicado: *Figulinas*, *Cartas de mujeres* y trece tomos de comedias y dramas.

El escritor argentino José León Pagano, dice, á propósito del Sr. Benavente, en su libro «A través de la España literaria» *Sus cartas de mujeres* pueden citarse como joyas de sutil psicología femenina. En ciertos aspectos tiene afinidades con Bourget, aunque este escritor quizás haya influido sobre Benavente menos que algunos dramaturgos también franceses. El autor de *La Comida de las fieras* y *Gente conocida*, á no dudarlo, debe co-

nocer muy bien á F. de Curel, Maurice Donney, Alfredo Capus, Lavédan, Prévost y otravez Donney. Los que conozcan las obras y las teorías de este últi-



mo, comprenderán por qué insisto al oír las declaraciones de Benavente, sobre la vida moderna en el teatro.

FLOR DEL LACIO

Alma y cerebro:
cuando muy cerca
De tus pupilas aparecí,
Miré tus labios en que lucían
Eflorescencias de flor de lis.

Y, luego ¿sabes? dije á mi mismo
Con fugitiva, tierna emoción:

De "Heliotropos"

Nunca á tus ojos, oh, flor del Lacio,
Será insondable mi corazón;
Porque en tu espíritu,
Como en las flores de Raffaelli,
Tremen gloriosos rayos de sol.

PÉREZ Y CURIS.

¡LADRONA!

Es media noche. Clara y Esther duermen reposadamente en sus camas de madera blanca estilo arte nuevo. Sobre una mesa de noche una mariposa en un velador de aceite, mece su luz mortecina y alumbra con una vaga claridad amarilla el dormitorio. En frente, el espejo de un lavabo, refleja la llama del pabilo y la reproduce sobre la luna del ropero de espejo que separa los lechos. De tiempo en tiempo un coche que cruza á escape por la

calle hace temblar los vidrios y el silencio del dormitorio se estremece con un retumbarde trueno lejano. A veces Esther ó Clara se revuelven bajo los abrigos, monologan una frase ininteligible, ó suspiran con una languidez de gemido. La mariposa sigue mecido su luz morteci-

na sobre el aceite y juega á las penumbras por el silencio del cuarto. De pronto Esther suspira prologadamente como un desahogo de penas, y comienza á hablar en alta voz. Sueña. Clara, su hermana mayor, de dormir ligero, se despierta y en ese asombro azorado de la conciencia repuesta, escucha monologar á su hermana. Siente un estremecimiento por todos los nervios que le hace sentar en el lecho con una vibración de epilepsia. Y en-

corbada, echada sobre las rodillas, con las manos en junto, los ojos muy abiertos, escucha, escucha y escucha, atónita, espantada, sufriente. Esther deja de hablar, revuelve su cabeza despeinada y suspira otro quejido prolongado y hondo.

Clara se arroja de la cama y corre hasta el lecho de su hermana con una precipitación de locura. El ropero de espejo en la media luz amarilla, ha reflejado la silueta blanca que ha pasa-

do como una visión de leyenda espe-luznante. Coje á su hermana por los hombros y la sacude, apretando los dientes mientras habla:

— ¡Esther!... ¡Esther!... Despiértate... ¡sinvergüenza!... Por fin! ¡Por fin!... ¡Y a me lo sospechaba, hipócrita! ¡Y a me lo sospechaba! Tú es-

tás enamorada de mi novio, tú me quieres robar á Pepe, ladronal

Esther, despierta de una manera tan brusca, acusada é insultada en una exaltación y en un lenguaje de mujer de arrabal, sintió un pánico terror y se dejó hacer y decir hundiéndose arrollada bajo los abrigos. El pecado oculto tanto tiempo en el fondo de su temor, la traición de aquel robo que ella hubiera querido ocultar y saborear en lo íntimo de su ser apocado y henchido de



amor, le paralizaba la insignificante energía de su pobre alma, y sentía, junto con el temblor del miedo á perderlo todo, la conciencia de que debía dejarse castigar la falta para purgarlo todo.

—Dime, ladrona, exclamaba Clara mordiéndole con las uñas los brazos desnudos escorridos bajo las ropas. Dime, ladrona, me quieres robar á Pepe, tú, mocosa, mosca muerta ¡canalla!

—¡Yo no!.. ¡Yo no!.. ¡Déjame! ¡Déjame!

—Sí, tú, tu misma; yo te he sentido. Soñabas con él; le llamabas tuyo; le decías que me dejará... (Clara comienza á golpearla en el cuerpo, en los hombros, en la cabeza) Déjame á mí, ¡a mí! para que se casara contigo ¿no? ¡Me lo quieres quitar, mocosa! ¡Me lo quieres quitar! Tú te piensas que él es para que yo lo babeas con tu boca y le ensucies con tus manos! ¡Ni á las plantas de sus pies! ¡Ni para su sirvienta sirves!

—¡Déjame! ¿Tú que sabes? Tú mientes. ¡Déjame en paz! Vete.. vete...

—¿Miento? ¡No! No me voy de aquí hasta que no lo sepa todo.... ¡todo! ¿Lo oyes? ¡Dimel.. ¡habla!.. ¡sinó!.. ¡seria capaz!...

Y prolongando la frase con un sonido gutural como un rugido, Clara se echó sobre la cama y le apretó el cuello con las manos.

—¿Hace tiempo que te gusta él, eh? ¿Hace mucho, no? ¿Qué se dicen? ¿Qué le dices de mí? ¿Cómo te lo conquistaste? ¿Qué le das para que te haga caso? Dí sinvergüenza: ¿Qué hacían aquella noche junto al piano cuando yo entré en la sala? Dí, ¿qué hacían?... Se estaban besando, no?... ¡Asquerosa! ofreciéndose como una... loca al novio de su hermana! ¡Parece mentira, mentira!...

—¡Suéltamel! ¡Suéltamel!

De pronto, azorada, Clara cayó y se levantó de la cama. Había sentido un rumor en el cuarto vecino. Le pareció que alguien se había despertado. Y mientras escuchaba, ahondando el oído en

el silencio, se sentía el jadeo continuado que exaltaba el pecho desnudo y terso de Clara, que asomaba por el escote festoneado con flores de sedas blancas y rosas. Esther se ahogaba acurrucada bajo los abrigos. En el cuarto vecino el silencio se hizo de nuevo, y Clara dejó de escuchar y se agachó otra vez sobre el lecho.

—¡Si no me dices todo, te ahogo! ¿Lo oyes? ¡Te ahogo como á una bestia! Clara se mordía los labios con rabia, mientras apretaba con todas sus fuerzas el cuello de su hermana.

—¡Yo no sé nada! ¿Qué quieres que te diga? Déjame, porque llamo, grito!

—¡Grita! ¡Llama! Aun tienes cora,el! ¡Anda! ¡Llama á mamá, á papá! ¡Te dejo libre! ¿Quieres que yo vaya?

Ante esta amenaza, Esther no insistió, y lloriqueando á pequeños gemidos como los niños mimosos, empezó á revolverse en el lecho haciendo fuerza con los hombros:

—¡Déjamel... ¡Suéltamel... ¡Déjamel... ¡Yo no sé nada!.. ¡Nada!

—¿Que no sabes? ¡Sabes, sí! Es que no quieres decir, hipócrita! Es que no quieres decir, ladrona!.. Pero tú estás fresca, ¡bien fresca! Para el santo de mamá me caso con él ¿sabes? El me lo ha dicho. Me caso con él, ¿ye-lo bien, óye'o. (Le gritaba junto al oído) Mamá y papá lo saben... Y tú te quedarás con tu envidia, con tus porquerías, con tus caricias y tus besos... Sí, sábelo bien: Pepe será mío, mío, se casará conmigo!

Esther, vencida por el cuerpo de su hermana, hizo un esfuerzo desesperado y estiró prolongadamente el cuello, para desasirse de las manos que le ahogaban. Luchó, se enrojeció la cara, apretó la boca, dilató los ojos que se anegaban de lágrimas ardientes, y sosteniéndose en un codo, se incorporó. El dolor de las carnes azotadas y estrujadas, los vejámenes, el odio de la im-

potencia física, le estremeció toda la sangre. Y un hondo deseo de venganza le subió hasta la garganta con un impulso criminal.

—No será tuyo, Pepe, ¿lo sabes? No será, no, no, y mil veces no! Será mío ¿sabes? ¡mío!

Clara rió secamente enseñando la blanca dentadura, los labios rígidos, con un gesto de burla y de odio.

—¡Tuyo! ¡Tuyo! ¿De dónde? ¡Y todavía lo dices!... No te lo sueñes, mocosa! ¡No tienes dientes! Ese pan no es para tu hambrel

—¡Que no! ¡Que no!

—¡No! ¡No!

—¿En qué te fundas?

—En lo que no te puedes fundar tú; en su corazón y en su cariño.

—Eso es poca cosa. Un corazón se deja por otro, y una novia se deja por una madre...

Clara se estremeció de espanto.

—¿Qué dices?

—Lo que oyes. ¿Sabes? Pepe no será tuyo porque yo he sido de él...

Esther pronunció las últimas palabras arrastrando y mordiendo las sílabas para llenarlas de toda la saña de su rabia. Aquellas dos mujeres delicadas, finas, pulidas por el roce social, y que á la luz rutilante de los salones parecían dos mariposas ligeras é inocentes, en un momento de celos de amor se disputaban un hombre como dos fieras, como dos bestias, como dos comadres de arrabal.

Clara se incorporó muda, galvanizada por el pavor de la terrible noticia. En su cabeza enloquecida por la locura de los celos y la lucha inaudita de ideas é instintos maquiavélicos, veía en un relámpago toda una escena espantosa, donde desfilaban destacándose con perfiles siniestros, su novio, su hermana, ella, el porvenir... Ellos triunfantes, ella vencida...

Esther le cogió una mano y se la condujo con decisión por debajo de los abrigos.

—Ven... Convéncete... Convéncete... Toca... Hace dos meses... Dos meses...

Clara al sentir las carnes tibias de su hermana, retiró violentamente la mano.

—No decías que era tuyo, solo, solo? ¿No decías que se iba á casar contigo? ¿Te parecía mentira? ¡A mí, también!

Esther reía ahora con una risa de soberbia y de triunfo. Clara alargó los brazos en una sacudida de extravío, de ira loca, de frenesí bestial. Y con toda su voluntad, con todas sus fuerzas, con todo su rencor acumulado, dió un alarido y se echó sobre el lecho, se sentó sobre el cuerpo de su hermana, y empezó á saltar con ahinco, con rabia, una, dos, tres, muchas veces... Tenía los codos hundidos en los flancos como para concentrar todas las fuerzas; los ojos dilatados, fulgentes de extravío; los labios abiertos, los dientes apretados, un rugido en la garganta. Esther aplastada y desmayada de dolor, volcó la cabeza sobre la almohada, y empezó á gemir como en una agonía. Su hermana, en la inconciencia de su odio bestializado, seguía saltando sobre el tierno vientre fecundo, sobre aquel retoño que le tronchaba su porvenir, sobre aquella flor de discordia que florecía de los escombros de todos sus sueños y de todo su mañana.

Al fin Esther, pasado el acceso, pasada la ira, pasadas las fuerzas, dejó de saltar y se levantó de la cama. Y al ver á su hermana que en un quejido prolongado y doloroso, yacía hundida en el lecho, medio muerta, inmóvil, pavorosa, sintió como un fantasma el espanto de su obra. La reacción de la conciencia serenó su cerebro exaltado, y un frío espe-luznante le hizo temblar como un azogue. Las piernas se negaban á sostenerla, los dientes le castañearon, y su cara y su escotetero y fresco retrocedieron al blanco marfil. Y como si se

arrastrara, hizo un esfuerzo supremo y se precipitó sobre su lecho medio abierto. La silueta espantable y despavorida se reflejó sobre el espejo del ropero como una visión de ultratumba.

Y mientras Clara, muerta de frío y de espanto, se encorbaba hundiéndose en el lecho, su her-

mana seguía quejándose prolongadamente, en una agonía interminable.

Y en tanto la mariposa, continuaba meciéndose serena, silenciosa, imperturbable, la luz del pabillito sobre el aceite del velador.

MANUEL MEDINA BETANCORT.

NERVIOSA

¡Cuántos génius, Señor, que están dormidos!

¡Cuántos génius, Señor, que sufren hambre!

¡Y cuántos que no sirven para nada

brillando en todas partes!

Adula al poderoso el infelice,

el de cerebro enfermo, el ignorante,

que se arrastra cual sierpe ponzoñosa

dañando al que más vale.

Es ley de humanidad; solo el pequeño

inclina la cerviz y honra al magnate;

el genio no se humilla: iergue altivo

su frente de gigante.

LUIS MARTINEZ MARCOS.

PÁGINA ARTÍSTICA



INOCENCIA

POR W. BOUGUEREAU

EL PATRÓN

De "Muecas Humanas"

Desde el primer instante que ocupó su puesto de auxiliar en el escritorio y abrió el libro de Caja para anotar las entradas y salidas de dinero, detestó la nueva vida á que habia sido empujado brutalmente por su precaria situación económica.

Huerfano de padre y madre, sin mayores relaciones en el medio ambiente para insinuarse en un círculo propicio al desenvolvimiento de sus facultades intelectuales, habia aceptado aquel empleo en una casa de comercio, porque se le prometió una remuneración excelente y estaba obligado por necesidades de todo orden. Al principio, cuando aun no se daba exacta cuenta de lo que iba á desempeñar, creyó firmemente poder soportar esa esclavitud voluntaria del negocio donde el cerebro se nutre con guarismos comerciales, sin que se resintiera en lo más mínimo el vasto cúmulo de ideas que su anterior vida introspectiva habia hecho florecer en su cabeza. Bastarian las pocas horas que sus ocupaciones le dejaran libre, para dar forma y colorido á todo ese mundo misterioso é íntimo que le hacia tener fé en el porvenir. Luego no podia detenerse á filosofar sobre las inconveniencias del presente. La claridad de su situación lo heria tan vivamente que la resignación no debia discutirse ni un solo instante. Ella le aportaria la oblación de todo temor económico á la vez que recursos para la prosecución de sus lecturas favoritas.

Se daba perfecta cuenta de su encierro en aquel escritorio atestado de libros comerciales, de notas y cartas de la misma índole, pero sabía tambien que habia nacido por la condición social y

económica de sus padres, para ser esclavo de una voluntad aiena, para cambiar las condiciones de su cerebro robusto, exuberante de gérmenes de ideas nuevas, por un mendrugo ofrecido con a taneria imperiosa por cualquiera, el comerciante ó el capitalista afortunado que la audacia ó el nacimiento habia dado preeminencia en el complicado mecanismo social. Y por eso, porque veia su independencia frustrada, en los momentos de abatimiento moral, de desconfianza en el sacrificio y de rebeldias ingénitas, acataba sonriente y sumiso las observaciones inconsultas del patrón, sus rezongos, sus malos gestos y sus modales autoritarios, sin que un solo músculo de su rostro denotara la más mínima contrariedad íntima. Y cuando el sol, el aire libre, el movimiento inusitado de las calles, la visión del cielo y del mar lejano, todo eso que se aquilata cuando se posee alma y el pensamiento se ha forjado en la libertad de la vida, en los momentos mecánicos de la función oficinesca le infundian valor, rebeldias, desalientos, un cúmulo de sensaciones nuevas, trataba de sofocarlas para no comprometer su empleo y con él su tranquilidad diaria. Las envidias rastreras de los pequeños que merodeaban en torno suyo; los chismes preconcebidos y elevados hasta el oído del patrón por todos los bajos emuladores, sus compañeros de oficina, que encontraban aceptable todo los medios para ascender un peldaño más en aquella vasta escala de la remuneración capitalista, habían herido su alma grande, abierta á todas las acciones generosas, pero no habían logrado exasperarlo ni arrancarle una

sola frase de censura ni de queja. Los había comprendido y los aceptaba por fuerza en las horas mecánicas de su vida, rehusando su contacto porque quería permanecer inmune á todas las bajas miserias humanas, no nivelándose con esa inmensa mayoría de seres que acechando en el silencio sus debilidades, se hallaban dispuestos á perderlo en sus miras presentes. Eterno enamorado de lo bello, huía siempre de podía de la vulgaridad encarnada en los seres que lo rodeaban para poder gozar de ese mundo íntimo de sensaciones que poblaban su cerebro. Borracho recalcitante de un ideal, detodo aquello que no se palpa pero que se lleva con alegría en el cerebro por ser el germen fecundo que infunde doble vida á los espíritus superiores, no podía detenerse á considerar á seres que habían nacido con una sola órbita de acción: la esclavitud especuladora. En sus vaivenes de ilusionista, salvaba los escollos colocados en su camino por los mediocres, eternamente risueño, sin condenaciones para nadie. Había sabido resistir á la tentación del café y de las tertulias donde sus compañeros de tareas quisieron arrastrarlo y donde únicamente se brilla á fuerza de vulgaridades hirientes, de adaptaciones molestas, de superficialidades reñidas con todo criterio mediano, concretándose á una sola cosa: á la adoración de la belleza en sus múltiples manifestaciones de vida.

Cuantas veces en medio de su rutinarismo, anotando una partida de Caja en los libros del negocio, una chispa de luz creadora lo alejaba del ambiente de tareas obligándolo á maldecir la vida, esa esclavitud á que estaba condenado por su situación económica, sintiendo entonces deseos de volar bien alto, quebrantando todos los miramientos sociales y todos los prejuicios que lo encadenaban á un orden de cosas mo-

lesto para su psiquis. Pero estas rebeldías determinadas la mayoría de las veces por las propulsiões de su modalidad artística, eran veloces, porqué, la visión del mañana le señalaba un horizonte cubierto de nubes espesas y tormentosas. Y entonces volvía á concretarse nuevamente á su trabajo, pacientemente, sin desmayos, confiando en el destino, en las casualidades de la vida, en el mañana que talvéz se le presentara mas propicio para la realización de sus esperanzas y de sus ensueños de gloria.

Y los días transcurrían uno tras otro, monótonos, como una sucesión de cosas iguales que fatigan la retina, completando los meses, acaparando los años, sin que tras la nebulosa del tiempo que vendría, vislumbrara su independencia y con ella su libertad definitiva, esa libertad propiciatoria de toda obra futura con la que soñaba entusiasmado. Había mejorado la condición de su sueldo, pero esa ventaja le deparó mayores obligaciones que hicieron su esclavitud mas insoportable. Se le había dado cierta ingerencia en el negocio, compartía ya algo de las utilidades que las crecientes transacciones de la casa volcaban en la Caja comercial, porque era activo y despejado, pero no gozaba de tranquilidad. Se sentía inmensamente aburrido, nostálgico de su pasado de libertad en la miseria gloriosa para su espíritu que en ella se había modelado. Despojado de toda tendencia mercantilista, no veía en todas las ventajas proporcionadas por el cercenamiento aparente de la idea más que un motivo de dolorosa esclavitud. Y bregaba por independizarse sin el valor necesario para quebrar de una vez por todas y para siempre, la cadena que lo ataba á un ambiente de muerte para su cerebro, entregándose de lleno á las contingencias de los días por venir.

Cuando más sufría era de noche, al sustraerse por breves ho-

ras al ambiente en que actuaba, buscando en la lectura de sus autores favoritos, un motivo de goce intenso. Sufrió por no poder realizar todo el conjunto de cosas que en su cerebro eran despertadas por una metáfora bella ó por una idea humana. Se retiraba tarde del empleo y los pocos instantes robados con estoicismo al sueño, no le bastaban para hacer obra intelectual como él deseaba, profunda, meditada y verdadera. A lo sumo tenía solo tiempo para anotar ideas y pensamientos que iba acumulando para una ocasión propicia, cuando fuera más libre y gozara de más tiempo desocupado.

Las lecturas nocturnas, ese acopio constante de ideas, esa elaboración incesante de pensamientos, el deseo de exteriorizar lo que sentía en hermosos artículos de lucha, fueron incesantemente acrecentando la repugnancia que sentía por el empleo, por esa esclavitud del negocio, que le acaparaba el tiempo y mataba sus vuelos imaginativos. Y la idea no muerta en su cerebro lo impulsaba día tras día á la lucha por un principio, por una forma, por cualquier cosa ideológica, donde sus compañeros de antaño habían descollado alcanzando algun renombre dentro del ambiente de su país. Y lo que era una nebulosa de libertad en su cerebro, fué avivándose, cobrando formas insitadas, hasta constituir una obsesión furiosa de independencia, que tarde ó temprano había de realizarse. Vió aún más sombría su vida presente atado al empleo y se dejó llevar por el abandono. Ya no fué el empleado activo y despejado que velaba por los intereses del negocio, sacrificándose en aras de las utilidades patronales. Todo lo hacía apresuradamente, con mal agrado y torpemente. Descuidó la letra y muchas veces se atrasó en los libros para dar satisfacción á la idea que jugueteaba en su cerebro. Robó tiempo á sus ocupa-

ciones para dedicarlo á sus preocupaciones intelectuales, más fuertes é imperiosas á medida que los meses transcurrían. Hizo abstracción de las ventajas conquistadas en el negocio por sus sacrificios pasados, inconscientemente, porque había perdido la noción de sus necesidades económicas presentes y no pensaba más en las contingencias del mañana, sólo y sin recursos de ninguna naturaleza. Y lo que por voluntad no se había resuelto á abandonar, lo fué minando paulatinamente, empezando por la pérdida de la confianza ciega depositada por el dueño del negocio en su persona. Las censuras y observaciones sobre su comportamiento se sucedían y varias veces el patrón tuvo que increparlo duramente, con gesto airado, por su negligencia demasiado visible.

— Esto no puede continuar así — le había dicho un día. — Es necesario que se corrija y cuide un poco más la letra.

Pero él nada replicaba. Trataba de satisfacer en lo posible al patrón y reaccionando volvía á su actividad de antaño, sin quejarse, mansamente, sin protestas exteriores.

Todas las cosas en la vida tienen sus causas y sus efectos correspondientes. Sembrada en la conciencia del patrón la semilla de un descuido aparente de su empleado, ella daba su fruto en el retiro de su confianza á aquél que hasta ese entonces había velado por sus intereses comerciales. La guerra declarada no cesaría ya más, porque, dentro de la mentalidad patronal el reconocimiento al sacrificio no anida mientras éste no sea eterno é incondicional. Había encontrado un pretexto para combatir á su empleado en el descuido de la letra y ese pretexto sería esgrimido todos los días, con la idea preconcebida de hacer mal al que por él había sacrificado todo lo hermoso que radica en el co-

razón humano: su vida libre y su vocación.

—Es necesario que perfeccione su letra—le había vuelto á repetir multitudes de veces.—Es preciso que abandone las preocupaciones de otra índole que no tengan relación con el negocio.

Esa fué la eterna cantinela que oyó aquel dependiente modelo, porque tuvo sus momentos de descuido irremediable é inconsciente. Y aún no se dió por vencido. Trató de acaparar nuevamente la simpatía del patrón, otorgando íntimo perdón á todo, estrujando el grito rebelde pronto á salir de su garganta, porque aún tenía temor al mañana y á su miseria. Transcurrieron dos meses más, hasta que por fin, una mañana risueña y luminosa de pleno sol, templada y voluptuosa, dijo lo que tanto mal le hacía reservándolo. El grito con-

tenido de protesta, la palabra vibrante de condena, su odio sofocado, su fastidio, todo lo que había tragado durante el tiempo que conservó el empleo, lo borbó con palabras agrias, sin contemplaciones ni miramientos. Y en medio de su rebeldía final y definitiva tuvo frases mordaces para los otros empleados, tal vez capitalistas embriarios ó simple madrèporas del gran block de oro de la especulación moderna.

El patrón perdía un esclavo de cuyas fuerzas había dispuesto á su antojo por tanto tiempo y este entraba de lleno á la vida, camino de su vocación artística, repleto de esperanzas y saturado de quimeras. El vellocino de oro no pudo inmolar su víctima rebelde.

PERFECTO B. LÓPEZ.

PROFECÍA DEL VERBO

De «*La Voz de las Admoniciones*», inédito

¡Detente! ¿Quién te anima? ¿La voz de lo inconsciente,
Que viene de las grutas ignotas de Aquerón,
Y ruge, y luego abrasa como en un eco ardiente,
Las almas de los émulos ferales de Nerón?

¿Dó vas? ¡Detente, oh, genio de la tiniebla, y siente
La vida! ¡cómo en luces embriaga el corazón!
Acaso eres enfermo de espíritu: ¡Detente!
¿No te amedrenta el alma del cuadro de Prudhón?

En la soberbia ruta que huellan tus hermanos,
Y en donde vibra un himno de génesis lejanos,
Y duermen sus nostalgias paisajes de magín;

No pongas, oh, nefario, la planta, porque el mismo
Espectro que te hiciera mirar hacia el abismo,
Quebrara,—al levantarse,—los brazos de Caín!

PÉREZ Y CURIS.

PÁGINAS DE UN DIETARIO

EL POETA DE LAS COSAS HUMILDES...

He aprendido, en no sé qué libros sutiles, el arte de reverenciar las cosas infinitamente pequeñas ó insólitamente nimias. Si fuera capaz de hallar, entre los autores que prefiero, al poeta veraz y meditativo que cante la epopeya de la fragilidad, ó magnifique el alma oculta, y á las veces violenta, que vive en el átomo una vida misteriosa que es apenas un suspiro, una vibración, un estremecimiento; si hallara al extraordinario taumaturgo que supiere inclinarse con amor ó con dolor hacia lo ínfimo, yo haría de la obra de ese hombre el libro de horas de mi espíritu...

Emerson y Mœterlinck poseen el maravilloso sentido de que hablo, se acercan atrevidamente al misterio, y desde el ardiente misticismo de sus almas solitarias, — dotados los dos de una imperiosa fuerza de evocación, — sueñan sueños extraños y dicen palabras que tienen el encanto de las profecías. ¿Habéis leído las obras de esos dos grandes silenciosos? Emerson habla de sus iluminaciones geniales desde una cumbre envuelta en nieblas, ó desde un astro extinto, Mœterlinck trae en los ojos los deslumbramientos de una vida anterior, imaginativa, vertiginosa y soñadora. Y á través de las épocas, esas almas fraternales y devotas se confunden en una misma fé en lo sobrehumano, en una misma adoración del misterio. ¡Qué ritmo el de sus pensamientos! El lenguaje de esos hombres, tan llenos de filosófica simplicidad, tiene las serenidades de un vuelo de ave bajo el azul. No blasfeman, no imprecán, no descomponen la hierática actitud de sus espíritus frente á lo desconocido. Son los sacerdotes de una nueva liturgia, los hierofantes de otro rito, los magos de una teurgia renaciente; son á un tiempo mismo faciturnos y alegres, porque han paseado sus almas herméticas por la sombra del bosque, ó bajo los rosales en flor... Platican con los espíritus diléctos ya desaparecidos. Se transfiguran en súbitas encarnaciones, y ora se nos aparecen como los filósofos antiguos que se aventuran en la metafísica, ora como los poetas modernos, que tienen la divina facultad de sufrir. Pero, á través de esas transformaciones, queda el alma sencilla, panteísta, pacífica; el alma buena que se inclina sobre los surcos y recoge la florecedora semilla; se yergue hacia el cielo y sigue el vuelo nómade de las estrellas por el espacio tenebroso.

Así los poetas que yo amo. Los quiero ingenuos y ardientes, llenos de pasión por las pequeñeces familiares. Los quiero extendiendo su triunfadora generosidad aún á las cosas insignificantes

que pasan despreciadas por la vida. Los quiero con pupilas de niño para mirar á la Naturaleza; unas pupilas de niño, admiradoras, preguntonas y ávidas. Y todo el agradecimiento de mi espíritu sería para el espíritu hermano que me dijera al oído la leyenda de una rosa marchita, de una gota de agua, de un trozo de papel...

FRANCISCO ALBERTO SCHINCA.

EUGENIO C. NOÉ

El distinguido poeta uruguayo Eugenio C. Noé, forma parte de la ilustre falange de cultores que se consagran á las letras en la República Argentina donde hace tiempo reside y brilla

sobre todo por la pureza del estilo y la concepción espontánea de sus versos delicados. Cuantas revistas literarias hacen la aparición en el vecino país, muy raro sería la que no ostentase en sus páginas, alguna producción de este poeta soñador del Arte, peregrino de las letras, em-

peñado en difundir la divina belleza por medio de sus cantos llenos de exquisita sensibilidad. Y no solo es en las repúblicas rioplatenses que lucen

sus hermosos trabajos, sino en muchas revistas americanas; su forma aparece con frecuencia, dando cuenta de su imaginación fecunda. No solamente el verso cultiva con donaire, sino

la prosa, que ha tenido en él también un imitador apasionado, ofreciendo á sus admiradores la ocasión de lucir una vez más los dotes poéticos de su ingenio. Mucho antes de publicar su primer libro de versos, *Claros de Luna*, que fué muy aplaudido por la prensa americana,

ya era conocido por otros trabajos publicados anteriormente. Ahora el poeta nos anuncia la próxima aparición de un nuevo libro el cual verá la luz pú-



blica en París, en el que ha tratado de hacer verdadera obra de Arte, reuniendo á la vez en la nueva colección de versos una gallarda primicia de composiciones inspiradas y sentidas.

A propósito de LA CANCIÓN DE LAS CRISÁLIDAS y EL POEMA DE LA CARNE

Asunción del Paraguay, 24 de Abril de 1906.

Sr. MANUEL PÉREZ Y CURIS.

Director-Redactor de APOLO.

Montevideo.

Mi estimado compañero:

Hasta mi tranquilo retiro en la sombría y lujuriosa selva paraguaya, me ha venido á sorprender su obra *La Canción de las Crisálidas-El Foema de la Carne* y ella ha sido como un destello de luz, entrando de lleno en la penumbra de mi rincón solitario.

La he leído de cabo á rabo y al concluir he exclamado: otro luchador bizarro que salta á la arena, rico en fecundas promesas.

Y bien compañero, su *obra*, vale.

No soy yo el más autorizado para juzgarla, pues estoy muy lejos de suponer que mi pobre opinión pese algo, pero mi juicio es la expresión sincera de lo que he *sentido* al leerla con detención.

En las páginas de su libro hay luz, calor y movimiento. El amor, palpita, arde!... ese amor que se infiltra en los resquicios y las grietas de los sepulcros, ese amor todopoderoso que mueve desde el ínfimo gusanillo que se arrastra entre el pastito, hasta los soles del infinito, flamea á través de las páginas hermosas de su *obra*.

Son felizmente muchos, y forman una legión á todas luces respetable y brillante, los proletarios intelectuales que llenos de noble afán exteriorizan la desbordante vitalidad de su imaginación creadora en libros, folletos, revistas y en artículos de diario ó composiciones en verso.

Dentro de ese núcleo, dentro de esa pleyade, de *nuevos*, usted se destaca con relieve propio.

Sin embargo, creo que su marcha triunfal ha de ser estorbada á diario por mediocridades, que no siendo más que entidades negativas, se complacen en desmenuzar reputaciones, aminorar méritos, con la honda satisfacción con que los caranchos se complacen en despanzurrar los cadáveres insepultos.

Pululan en el ambiente montevidiano estos pajarracos de acorado pico y afiladas garras, que, impotentes para *crear* nada, pasan los días de su estéril é infecunda existencia *criticando*, demoliendo y mortificando á los que, con una admirable gallardía, lanzan á la circulación una *obra*, fruto de vigiliass, trabajos sin cuento, luchas, ansias y tribulaciones.

Precisamente los que más feroz saña emplean en contra de los luchadores noveles, son pedantes patentados, con mucho viento en la mollera, incapaces de *pensar*, de *sentir* y de *hacer* nada duradero y efectivo.

Lo mejor es aislarse dentro del torrente social mundano, y consagrarse á la labor, con obstinación ardorosa, sin desfallecimientos, contestando á esas críticas de conventillo, *con nuevos partos fecundos*.

Y bien, espero su nueva producción. Ella me traerá el recuerdo cariñoso de la tierra *charrua* á esta buena tierra de *guarani* que me sirve de tranquilo refugio.

Lo saluda con afecto, su compañero y amigo:

JOSÉ VIRGINIO DÍAZ.

CORPIÑO BLANCO

Sin saber cómo y porqué,
evoca mi ansia febril
la visión de tu perfil
en enaguas y corsé.

Es un prodigio tu pie
que conoce la sutil
zapatilla de glase
con botones de marfil.

Corpiño blanco de seda,
con olores á reseda,
del que supieron mis ojos;

¡Oh, maravilla de tules,
caladas medias azules
de mis pensamientos rojos!

Aquella tarde era así
como mística y sensual...
bajo el raso carmesí
de la gloria occidental.

Aristócrata benjui
como perfume en el real
gabinete medioeval
de colgaduras turquí.

Desde el fino tocador,
el espejo en su rubor
al conocer de tus ligas,

ignoró la gracia en flor
de dos nupciales espigas
que ocultaba el peineador.

FRAGMENTO DE VIDA

—Tú te vas... y me abandonas, Pablo—suspiró la esposa con una voz moribunda en que había el eco de todas las desolaciones. Y ocultó el rostro entre las manos trémulas como las hojas cuando el viento las orea, y permaneció así largo rato, silenciosa, abatida, en actitud de mujer atormentada.

La voz de los niños que manifestaban sus júbilos inocentes con palabras inconclusas, suaves y tímidas como el gorjeo de un pajarillo que apenas vuela, palpitó en su espíritu y sacudió su marasmo:

—¡Ni estos angelitos te conmueven! ¡Ay de ellos!—sollozó entonces, acariciando á sus dos hijos de cuatro y seis años que jugaban á su lado.

Y miró luego á su esposo con una mirada humilde que era el preludio de un canto de imploración y era también la síntesis de sus amarguras todas.

Había en aquella mujer resignada y dolorosa los atributos divinos de una virgen maltratada, pero indemne todavía; tan elocuente era su gesto y la vehemencia de sus ruegos ante la perspectiva de quedar abandonada en el otoño de la vida.

Los plegamientos de su faz morena, triste y doliente como una rosa te bajo el rocío; la laciaidad de sus cabellos negros peinados con indolencia; la vaguedad de sus pupilas garzas anegadas de lágrimas que fingían algo así como un velo de brumas tenues sobre cielos apacibles; sus gestos imploradores de piedad; y, el rictus de sus labios exangües y conmovedores como un bardo en agonía, evocaban—rompiendo la armonía de la estancia en cuyos muros glicinas y madreselvas mezclaban los matices de sus flores y entrelazaban sus ramas, dando á aquélla el encanto sublime de un paisaje de Corot—la tristeza sabia y mística de algunas vírgenes de Pellini y Bouguereau, y el ritmo majestuosamente lento de una oración religiosa.

Su esposo la abandonaría en breves instantes y estaba allí silencioso, inmutable, como un ser inanimado sordo á sus lamentaciones de esposa y madre sin mancha, repudiada injustamente después de un lustro de sosegado consorcio. Y, su silencio, y la parsimonia de sus visajes la torturaban cruelmente y le anunciaban una era de infortunios jamás sabidos por ella, cuya existencia se había deslizado siempre entre un fastuoso florecimiento de dichas.

¡Sola y repudiada ella! ¡Oh, la soledad parámica de la esposa abandonada! ¡Cómo su miraje abruma los corazones y los impreg-

na de un hondo sentimentalismo que espiritualiza las ideas y palabras de la humanidad pensante!

...Y á aquel hombre sin conciencia que destruía un hogar y atormentaba una vida, no conmovieron los ruegos ni la muriente expresión de su esposa que aun tuvo resignación y le dijo humildemente:

— ¡Pablo, tú me aborreces ahora! Sin embargo, puedes venir cuando quieras; tuya soy aunque tú ya no eres mío. Otra está en tu corazón como habré estado yo un día. ¿Recuerdas? nuestros besos furtivos á la discreta sombra de las magnolias en flor; la noche de nuestra bodas armoniosa como un epitalamio; delicada como un madrigal y fragante cual un búcaro de rosas...

Ni siquiera esas frases evocatorias de aquel idilio de amor; nada le conmovió. Y se fué tranquilo, inconsciente — con la inmutabilidad de una roca erecta sobre la mar — murmurando torpemente, fríamente:

— Adiós... pronto vendré á verte.

* * *

Perfumada y risueña, la mañana extendía sobre la alfombra esmeralda de los campos su inmensa gasa de oro; mecía el aura las hojas de los arbustos erguidos y los cantos de los pájaros canoros harmonizaban el aire como señal de adoración á la naturaleza.

Las campanas de un monasterio entonaron su sonata litúrgica que repercutió en el corazón de la desolada madre como un himno á la muerte. Y, mientras ella permanecía en doloroso recogimiento bajo la gloria de la luz matinal que se deshacía en hebras blondas sobre sus cabellos lacios, los niños, alegres y bulliciosos como dos pájaros, arrancaban madereservas y las depositaban en su falda.

PÉREZ Y CURIS.

EL PODER DE LA HERMOSURA

Admirar es grave error
que, con mengua del pudor,
Friné ganase á sus jueces,
mostrándoles sin rubor
seductoros desnudeces,

Lima.

pues en cuitas como aquellas
te bastara sin sonrojos,
para invalidar querellas,
juntando las manos bellas
alzar al cielo los ojos.

MANUEL A. SAN JUAN.

REMORDIMIENTO PÓSTUMO

(Et le ver rougera ta peau comme un remord.)

Baudelaire.

En un sarcófago persa
tallado en marmol de Paros
por un helénico artífice,
quiero que duermas, ingrata,
el negro y último sueño.

Y cuando en noche callada
opriman rojas visiones
tu pecho níveo, mordido
por los impuros gusanos
que fluyan de tu carroña.

Y tu cadáver se cubra
de manchas verdes y lívidas
do pose pálido espectro,
besos lascivos de amante,
caricias torpes de Sátiro.

Y sientas negros fantasmas,
macábricos esqueletos,
cruzar danzando la fosa
donde tu féretro yace
en nauseabundas materias.

Y escuches ásperas voces,
chirridos, ayes de réprobos,
insultos, gritos, blasfemias,
todo un infierno de notas
que crispe nervios y carnes.

Y quieras dar á tus fauces
hediondas y putrefactas
la gota pura de linfa
para templar los tormentos
de tus entrañas infectas.

En esas noches calladas
hermanas rojas de aquellas
que vimos entre caricias
flores, placeres y besos
pasar risueñas y alegres.

Verás bajar á tu huesa,
plegando las negras alas
en tus podridos cabellos,
buitre de torva pupila
que tu cerebro desgarré.

Oirás rugir en tu pecho,
repleto de miasmas pútridos,
recuerdos, frases, promesas;
falsas palabras de otrora,
engaños, ruines perjurios.

Y los rojizos gusanos
que arrastran por tu carroña
su vientre fétido y lúbrico
«roerán tu piel satinada
como ün remordimiento.»

Febrero 1906.

ARTURO C. MASANÉS.



BIBLIOGRAFÍA



JUAN DE DIOS PEZA

POEMAS POR MIGUEL LUIS ROCUANT, SANTIAGO DE CHILE: Un volumen de 190 páginas comprendiendo *Brumas*, *La onda y la espuma* y *Alma-Mater*. Es un hermoso libro, de grande aliento, donde palpita un alma enamorada de lo bello y un espíritu moderno á la par que complejo. En todos los trabajos que constituyen el volumen hay sentimiento y fluidez, principios estos que por sí solos bastan para hacerlo perdurable á través de todas las críticas. La idea no está subyugada á la forma; en todo él se trasparenta un cerebro evolucionando, lo que constituye un signo evidente de que el autor conoce la tendencia moderna y no desdeña embarcarse en su corriente humanitaria.

LIENZOS POR MORENO ALBA. BARRANQUILLA. COLOMBIA: Prólogo de Emilio Hernandez. Pequeño volumen de poesías emotivas. Su autor llevado por el senti-

miento ha cantado en él á la vida pasional, á lo delicado de la forma esté ella en la naturaleza ó en la mujer, dejándose arrastrar en algunos versos por el deseo sensual, un deseo nada atrevido, solamente humano. Todos los trabajos están hondamente sentidos y la forma ha sido cuidada con sumo cariño. Hay en Moreno Alba estro poético y el poeta perdurará en el tiempo á través de sus producciones.

ENSAYOS CRÍTICOS POR PEDRO HENRÍQUEZ UREÑA. HABANA. CUBA. Un pequeño volumen con el siguiente interesante sumario: *D' Annunzio el poeta*.—*Tres escritores ingleses*.—*I Oscar Wilde*.—*II Pinerò*.—*III Bernard Shaw*.—*El modernismo en la poesía cubana*. José Joaquín Pérez—*Rubén Darío*.—*Ariel*.—*Sociología*.—*I Hostos*.—*II Lluvia*.—*La música nueva*.—*Richard Strauss*.—*La Opera Italiana*.—*La profanación de Parsifal*.

Como su título lo indica no son más que ensayos de una crítica superior, sin que se ahonde mucho el concepto. Concebida sin prejuicios, escrita con estilo fácil y fluido, trata Ureña en su obra importantes tópicos del movimiento intelectual moderno y estudia á algunos de sus representantes, pero sin detenerse mucho tiempo en ellos, trazando simplemente líneas generales. Con todo, estos ensayos son reveladores de un espíritu observador capaz de hacer crítica más profunda é intensa. Tiene condiciones no puestas de manifiesto en este pequeño volumen, las que en lo sucesivo, no lo dudamos, pondrá en evidencia.



LIBROS Y PERIÓDICOS RECIBIDOS

Scafarelli—El Mártir del Gólgota, Montevideo.

Letras—Habana, Cuba.

La Quincena—San Salvador, Centro América.

El Heraldo del Istmo—Panamá.

Monos y Monadas—Lima, Perú.

Vida Nueva—Florida, Uruguay.

El Deber Cívico—Melo.

Caras y Caretas—Buenos Aires, Argentina.

El Anunciador Costa-Ricense—San José de Costa Rica, América Central.

El Municipio—Villa Concepción, Paraguay.

Revista Gráfica—Montevideo.

Verdad—Montevideo—Periódico que la Asociación de Propaganda Liberal reparte quincenalmente á sus afiliados. Luce un hermoso título dibujado por el artista nacional Orestes Baroffio, y un fotograbado de Zola. Su material es interesante y selecto.

A. León Gomez—Secretos del Panóptico.—El Soldado. Bogotá, Colombia.

Sra. Acevedo de Gómez—El Tribuno de 1810. Bogotá, Colombia.

VOCES AMERICANAS

APOLO, revista de Arte—Director-Redactor: Pérez y Curis, Montevideo.

Con placer apuntamos el aparecimiento de esta nueva y gallarda publicación uruguaya, que trae magníficos fotograbados y abundante y escogida lectura. En el número 1.º de APOLO, su Director hace estas declaraciones:

«En esta época de odios y de egoísmos, surge APOLO, sincero en su desnudez que

rechaza de esa hoja de parra encubridora, el atributo de moral ficticia.

«Ojos hostiles seguirán su marcha.

«Almas sinceras amarán sus páginas.

«Y, en plena lucha, cantará Apolo la rebeldía ingente de las almas bajo la gloria épica del sol.»

Saludamos al nuevo colega y corresponderemos al canje.

De *La Quincena* de San Salvador, Centro América.

Libros en preparación que se publicarán en Montevideo en el corriente año

Muecas Humanas, (prosa) por Perfecto B. López.

Desde el Patagonia, (Memorias íntimas de un aprendiz artillero) por Perfecto B. López.

Mi Torre de Marfil, (poesías) por Guzmán Papini y Zas.

Los Himnos y Los Madrigales, (poesías) por Emilio Frugoni.

Proteo, (prosa) por José Enrique Rodó.

Heliotropos, (poesías) I *Heliotropos*—II *Legendas de un tríptico*—III *La voz de las admoniciones*, por Pérez y Curis.

Cantares de la Aldea, (poesías) por Pedro Erasmo Callorda.

Tempraneras, (poesías) por Angel Corbacho.

Alma de Acero, (novela) por Ricardo Martínez Quiles.

Cabeza de Oro, (novela) por Horacio O. Maldonado.

Almas Trágicas, (prosa) por Isidro Rodríguez.

Hampa, (novela) por Enrique Crosa.

Cuentos al corazón. (prosa) por M. Medina Betancort.

El Ateneo

LIBRERÍA Y PAPELERÍA

DE

Alberto A. González

**Imprenta, Encuadernación, Taller de
rayados, Fábrica de libros en blanco, etc.
Útiles de escritorio y Libros escolares.**

Avenida 18 de Julio, 749

Teléfono "La Cooperativa", 85

MONTEVIDEO

Al Gran Café POLO BAMBA

DE

SEVERINO SAN ROMAN

CLASIFICADOR EN CAFÉS

**Especialista en elaboración
de Cafés tostados en grano, molido y líquido
VENTAS POR MAYOR Y MENOR**

Plaza Independencia N. 37

Calle Ciudadela N. 137 y 139

Teléfono «La Cooperativa, 577.

MONTEVIDEO.